

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.º 3

Montevideo, Febrero 10 de 1900

TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

DESCONOCIDA

(Del libro *Fantasías y Recuerdos*, próximo á aparecer)

Allí estaba, indolentemente reclinada en el sillón de su palco, cuyo fondo se pierde en una tibia semi-obscuridad que entintan de granate los cortinajes de seda roja.

¡Qué hermosa estaba! De sus ojos oscuros saltaba una chispa de luz—su mirada—y á veces ese rayo divino se entraba de lleno en mi alma iluminándola con una claridad de paraíso. Los rizos de su oscura y sedosa cabellera coronaban aquella frente purísima al través de cuya blancura se podía adivinar el vuelo de un pensamiento, así como una estrella tras el copo de espuma de un celaje.

¿Quién era? No lo sabía. Nunca la había visto. Pensé que podría ser una reina. Yo estoy seguro que nuestras almas se dijeron algo, ¿qué? No lo he podido saber, ni lo sabré nunca.

El telón se había alzado y la representación dió principio, pero ¿qué me importaba si la mirada de ella como dardo de fuego se clavaba en mi alma?

¿Quién era?

Yo podría asegurar que en alguna parte nos habíamos conocido; yo podría asegurar que mi pensamiento más de una vez ha posado su vuelo sobre aquellos labios y acariciado y prendídose á sus rizos negros como una abeja de oro.

Y me sentía transportado muy lejos ; á otros mundos, á una estrella ó al cáliz de una flor. Casi puedo decir que percibía su aliento, pues veía temblar agitadamente sobre sus senos de virgen una gardenia inmaculada y pura, perdida entre las finisimas blondas de su corpiño azul y oro. Su garganta era de un contorno purísimo ; parecía cincelada en alabastro rosa.

¿Quién era ?

Mil ideas encontradas bullían en mi cerebro ; pero, ¿para qué preguntar su nombre ? En aquella, por decirlo así, adoración muda en que me hallaba, ¿qué podría significar para mí un nombre ? ¿No se lo había dado yo ya en mi alma ? ¿Qué más me da saber el nombre de una estrella, á ignorar los de todas ? ¿Por saber su nombre descenderán hasta mí ?

Y estrella y de primera magnitud lo era para mí aquella virgen (pues debía serlo) que me había deslumbrado con sus magníficas pupilas negras, con sus labios que imitaban los pétalos de un clavel de grana y con sus mejillas encendidas que copiaban los carmines de las fresas.

Para mí tenía sólo un nombre : *Imposible !* Y sin embargo, la contemplaba con miradas profundas que revelaban todo lo intenso de la emoción que cantaba su himno de triunfo dentro de mi alma.

Nada deseaba yo saber de ella ; ¿para qué ? Tal vez hasta su nombre hubiera sido para mí motivo de desencanto. De repente, con un gracioso movimiento apoyó ambas manos sobre la baranda del palco ; ¡oh !, eran manos finas, aristócratas y que no habían sido deformadas por la cárcel de los guantes ; manos pálidas que parecían engendrar largas zonas de silencio viviente, como las que Gabriel D'Anunzio describe en «Las Vírgenes de las Rocas». Estaban desnudas de anillos, y en la inundación de oro de la luz que llenaba el salón, parecían las manos de una ideal Beatriz que tendían el vuelo hacia la Eterna luz ; manos que á la manera de alas pudieran conducir las almas á las regiones en que mora la perfección infinita.

¡Oh ! ¿Con qué fuerza se grabó su imagen en mi memoria ! Cuando estas líneas escribo me parece que la estoy viendo aún con su abrigo de finas pieles y su hermoso traje azul con adornos

de oro, reclinada indolentemente en el respaldo de su sillón y contemplando con mirada desdeñosa las escenas y la concurrencia. ¿Quién era?

Sus manos blancas me impresionaron hondamente y parece que llevo en mi alma una caricia ideal de sus manos de reina...

¡Oh, sus manos blancas, sin anillos y hundidas en la luz como en un tibio baño de oro!

El misterio siempre ha tenido para mí un atractivo profundo y esa mujer, esa virgen era para mí la encarnación del enigma; y con ojos ávidos acariciaba la seda de sus opulentos rizos que temblaban como una aureola negra sobre su frente para mí inmaculada.

Varias veces, su mirada curiosa se fijaba en mí y yo sentía sobre mi alma una lluvia de rosas; ¡oh, si ella me hubiera amado! Pero yo podía decir con Ruy Blas, que era el gusano enamorado de una estrella; y ¿cómo tratar de hacer que la estrella descendiera hasta mí?

Las estrellas son curiosas, y no más; todo lo ven, todo lo saben, pero nunca se dignan descender hasta nosotros.

Nunca he podido saber quién era ella, nunca he sabido su nombre, ¿pero qué me importa? para mí su nombre era *Imposible*, y con ese nombre venero su recuerdo en el fondo de mi alma.

Después, nunca he vuelto a verla. ¿Sería tal vez una aparición que me deslumbró un momento para tornarse después a la sombra? ¿Quién sabe!

Lázaro Pavía,
Méjicano.

GRECIA

(O MAGNA MATER)

Para el doctor Alejandro V. Margulies.

¡Oh, qué placer tan puro sentiría
si pudiera, con versos inmortales,
cantar mi amor á ti, fuente fecunda
de noble inspiración — ¡patria del Arte!
y si el conjuro de mi toska lira
á estas regiones vírgenes lograse
trasladar, con el coro de tus Musas,
tus sagradas y olímpicas deidades!

Coronado de mirtos y laureles
y revestido de purpúrea clámide,
hiciera resonar con dulce acento
la flauta del dios Pan por el bocaje...
y entre eróticos himnos presidiera,
á la sombra de añejos quebrachales,
la danza de tus Sátiros y Faunos
con tus Ninfas graciosas y tus Náyades.

Sueño que al beso de mi sol de Mayo,
del Plata entre los líquidos raudales,
emerge Venus de la nivea espuma,
sublime en su belleza incomparable —
y lloro de placer y me estremezco
en medio de mi sueño, delirante,
porque, cual bella la beldad resurge,
miro en mi patria resurgir el Arte.

Entonces tu cincel ¡oh Praxiteles!
cuando esa Venus inmortal se alzase,
volvería, con mármol argentino,
á modelar su desnudez brillante:
mientras Cupido, con sus flechas de oro,
por nuestras villas, pueblos y ciudades
iría, en honra de la diosa excelsa,
en vez del Interés, formando hogares.

Entonces—como un Dios—volviera Homero
á desbordar su inspiración gigante
y Píndaro á brindar, cual ricas perlas,
sus olímpicas odas inmortales:
volverían, Tirteo con sus cantos
incitando á los griegos al combate,
con sus alegres yambos Anacreonte
y Safo con sus dáctilos vibrantes.

Amo, Grecia, tu genio, como Byron,
y quisiera, en mis días, contemplarte,
en una inmensa conjunción de glorias
con la patria de Mármol y de Andrade:
y creo, en mis delirios, con Zenea,
que mis hermanos, en virtud y en arte,
sobre tu suelo idolatrado han muerto,
bajo tu suelo idolatrado yacen!

¡A veces imagino que es Atenas
nuestra noble y gloriosa Buenos Aires!
Miro en su seno, en el altar de Themis,
los áticos Arcontes venerables
y escucho en el Areópago vibrando
con los preceptos de Solón, la frase
sabia y viril de Sócrates severo
execrando las torpes liviandades.

Miro, como en la patria de Temístocles,
el ejemplo doquier de hazañas grandes:
¡el escudo de Aristides sin mancha
y el credo de Platón sin un ultraje!
Miro forjando sobre el monte Himeto
á las abejas de oro sus panales
y en el recinto augusto de Minerva
el triunfo de las Ciencias y las Artes.

Pienso escuchar, en la tranquila noche,
del Ponto Euxino los murmullos graves
y de las ondas claras del Iliso
el dulce resonar de los cristales;
me parece, en mis bellas ilusiones,
contemplar el Acrópolis gigante
y ver, como pazzosa maravilla,
el pórtico de Júpiter alzarse.

Sueño ver el Pentélico lejano
 convertido en un bloque de los Andes,
 y que surco las ondas del Egeo
 de nuevos Argonautas en las naves:
 que en las noches de Diana y de Cybeleas,
 entre pastores, como *Cloe* y *Dafne*,
 los idilios de Teócrito recito
 y vivo, Grecia, en ti, con tus deidades!

Ante ese sueño de mis horas gratas
 y entusiasmado con bellezas tales,
 el triste cuadro, que amargó mi vida,
 miré, por un momento, disiparse:
 ¡no veo á Grecia por el Turco hollada
 con mengua de egoístas y cobardes,
 ni pienso que es un pueblo de fenicios
 el pueblo de Moreno y de Lavalle!

¡Todo fué sueño de mi mente loca!
 ¡Vano delirio de mi amor al Arte!
 Grecia, cual reina destronada y triste,
 sobre el sepulcro de sus glorias yace;
 mientras la Patria, cuya gloria anelo,
 da rienda á los instintos materiales
 y desprecia á sus hijos que queremos
 ceñirla con laureles inmortales!

José Cíbila,
 Argentino.

Rosario de Santa Fe, Enero de 1900.

LEYENDAS PROFANAS

(AIDA)

Qué hermosa estás así! La cabellera suelta, como un estandarte de conquista desplegado á los vientos, golpea tu espalda

blanca, presagiando los triunfos en la embriaguez nupcial del misterio. ¡Cómo brillan tus ojos, parpadeando como estrellas arcanas donde se sumerge la ilusión en la profundidad del deleite!

Ah! no me importa que sea una sima profunda tu existencia. Los abismos como las cumbres, tienen la misma grandeza, siendo más poderosa aún la atracción del abismo. La flor que tiene mejor perfume, es precisamente la que está más cerca del pantano.

Mírame bien; tus ojos están todavía derramando luz; tu garganta pide un verso de alabanza, y en la expirante laxitud del placer, te miro más espléndida que un ensueño. Tus formas, dibujándose en toda la majestad de su belleza, golpean á las puertas de mi corazón de hombre fuerte, como una campana de plata que anunciara la victoria de una gran Primavera, sobre el inmenso horizonte rojo de una vida de amor.

Tu espíritu de mujer vale más que todas las rosas y que todas las dalias. Ahora comprendo cómo es mejor el clavel de fuego que las blancuras del lirio! La vida humana es muy corta y la eternidad está muy secreta y muy lejos para pensar en ella. Y se sufre, cuando basta querer para olvidar y ser feliz.

Ven, llégate y olvidemos. Sea tu boca una ánfora donde beba yo la inmortal panacea de los dioses, y sean mis labios las arterias jóvenes que lleven la vida nueva á tu espíritu agonizante de cansancio. Tu alma y mi alma, que no pueden resucitar á la fe, serán donaciones que darán una entidad positiva.

Tu belleza oriental va pregonando la excelsitud de tus besos; la altivez de mi frente está anunciando mis triunfos. Ven, llégate, seamos uno, yo rey, tú reina, sobre el trono magnífico de un venturoso amor libre.

Ríe, ríe; tu risa despierta sensaciones extrañas de una antigua inocencia olvidada. Tu risa de cristal es sonora como una nota de mandolino de Italia; tu risa provoca las gracias de tu boca, que incitan y ruegan, que atraen y mandan. Ríe, tu risa me trae un recuerdo de tiempos mejores. Un recuerdo que tiene perfumes de primer amor. . . Era así como tú, . . . más hermosa todavía. . . con tus ojos obsesores. . . así, así, como me miran ahora, sin inquietudes de conciencia, y sin temores de vergüenzas ocultas. . .

(Qué extraña es la vida del hombre! Cómo surge el Ideal en las sombras, mirando una estatua de mármol y lodo!).

Ven, es preciso olvidar. Hay recuerdos que abruman. Llégate y olvidemos. Mi pecho está sangriento y enlutado como un cadalso. Los cirios alumbran la noche de un muerto... Bésame con calor en los labios, porque así resucitan los corazones.

F. Valdez Douglas,
Argentino.

EL ANGEL Y LA NINFA

(DE EUGENIO DE CASTRO)

A Victor Pérez Petit.

Como un pálido rey adolescente
Venido de la guerra donde perdió la corona,
Por la selva, que de espectros se puebla,
Camina un Angel melancólicamente...
Las plumas luminosas
De sus alas, caen doloridas,
Y sus manos de plata van tan heridas
Que parecen llevar ensangrentadas rosas.

Despunta la luna...
Y el Angel, á la menguante claridad lunar,
Ve de repente á sus pies, trémula y desnuda,
Una Ninfa llorar.

Solloza, llora, por el dolor opresa,
Y en los ojos del Angel reparando,
Que lacrimosamente la están contemplando,
Así comienza:

• —Cloris—es mi nombre!
• Linda, mi pecho era un helado invierno,
• Y la Madre del Amor, por eso, condenóme
• A un sueño casi eterno.

- Cuando en fin desperté entre estas azucenas,
- A la sombra de este vigoroso nogal,
- Tuve la impresión de haber dormido apenas
- Una noche ligera...
- En la ignorancia de mi desventura,
- Erguíme alegre, fui á bañarme en claras linfas,
- Y partí—¡flecha rápida!—en busca
- De otras ninfas...
- Luengos días corrí,
- Despedazando mis pies en cardos secos...



LUIS BERISSO

- Llamé... grité... mas sólo oí
- La respuesta de los ecos...
- En balde busqué al bando amigo,
- Al bando alegre como una tarde de cosecha...
- ¡Nada! al acordarme de mi castigo,
- ¡De mi destino atroz tuve la cruel sospecha!
-
-
- Largo tiempo durmiera,
- Y entretanto ¡suprema crueldad!

Flagelada por los hombres sin piedad,
Del todo mi raza se extinguiera!

.....
Ya no se oyen de los sátiros las flautas,
Que enternecían las fuentes y las piedras,
Ni relampaguean entre las arboledas
Las ninfas, liriales, huyendo, cautas...
Tórnese negro lo azul,
El gran Pan murió!
Y de Mercurio el alado caduceo
Yace caído en el lodo de un pantano...
El viento levanta
Las bellas plumas del pavón de Juno,
Y del fondo del mar en la impenetrable tiniebla
Duerme el áureo tridente de Neptuno...
Juventud, Alegría, Hermosura,
Todo eso aniquilaste, Humanidad loca!
El amor, cavando la propia sepultura,
Va tosiendo y echando sangre por la boca...
Las horas enlutadas
Pasan llorando en su dolor absortas,
Y las polifonas ondas contristadas
Traen á la playa nereidas muertas!

.....
Aventuréme á ir un día, por mi mal,
A una ciudad negra, fúnebre, sin luz,
Cuyo pueblo, apiñado en fría catedral
De rodillas adoraba una siniestra cruz.
Entré: ¡qué pánico! En mi frío cuello
La decepción clavó sus dagas:
La humanidad que adorara al lindo Apolo
Estaba adorando á un dios muerto y lleno de llagas!
De súbito, ¡ay de mí! al verme, los malvados
Irguiéronse, febriles, en ímpetu fanático,
Escupiendo maldiciones y anatemas condenados
Sobre la láctea desnudez de mi cuerpo aromático!
Quemémosla! decía el pueblo... Y negros hultos
Cruces iban ya preparando la hoguera!
Fué entonces cuando huí de la multitud traicionera,
Bajo una lluvia hostil de piedras y de insultos!

.....
Hoy vivo oculta en esta obscura

- Selva de escondrijos pavorosos,
- Tiende á aumentar mi desventura
- La *saudade* de los tiempos venturosos...
- Un perpetuo gemido,
- De mis labios deplora la primavera...
- ¡Ay de mí! ¡ay de mí! ¡Ay quién me diera
- Estar siempre durmiendo donde has muerto!

Delirante,

Loca de dolor, callóse la pobre al fin;
Y del Angel triste la boca suplicante
Prorrumpió así:

- —Fué siguiendo los dictados
- Del Dios que me creó—¡todo fuerza y gracia!—
- Fué siguiéndolos que la raza de los infames
- Exterminó tu bella raza!
- Por eso, ahora, viéndome á tu lado,
- Debes mirarme, con un rencor felino,
- Como el hijo de un pobre asesinado
- Mirando, rencoroso, al hijo del asesino.
- ¡Ah! ¡no me mires así! La inocencia me viste
- Y la desgracia elimina los más viejos rencores:
- Si la *saudade* es tu velo y el dolor es tu veste,
- Mi pecho es un jardín de martirizantes dolores!
-
- Como tu Pan, el dios que me creó
- Fué escupido y desterrado por los mortales;—
- Mis alas, ve, están cubiertas de polvo,
- Caen por tierra, en polvo, las altas catedrales!
- Hacia el cielo ya no sube el incienso en humos claros,
- Suben tan sólo maldiciones y torpes herejías,
- Y los ciborios astrales, llenos de vinos raros,
- Pasan de mano en mano en lúbricas orgías!
- Cada vez sangran más las llagas de Jesús,
- Y las coronas y los anillos que reyes y emperatrices
- Habían dado á María, ornan, llenos de luz,
- Las albas y sensuales meretrices!
- Así, en cuanto gimes,
- Llorosa, recordando los esplendores pasados,
- Silene, la Belleza, la Fuerza y los mares plateados,
- Donde los seres iban guiando ebúrneos timones;
- Cuando tu mirar, en un disgusto supremo,

- Llora doloridamente el resplandor hundido,
- También yo sufro y gimo,
- También yo lloro mi paraíso perdido!
-
- Expulsando del cielo Santas y Serafines,
- Fulguran ígneas espadas,
- Y del ángel Gabriel en los plateados jardines
- Las azucenas van expirando degolladas...
- Huyó de mí, feneció
- La última esperanza!
- ¡Nunca más! nunca más he de llevar al cielo
- Deseos de doncella y almas de niño!

Callóse el Ángel...

Las altas ramas indolentes

Como olas ondeaban suspirantes...

Y la Ninfa y el Ángel partieron juntos, silenciosos,

Viendo correr en el azul las estrellas errantes...

Fueron á dormir sobre la clemente maravilla

Del claro cielo, en un lecho de violetas...

Y de esa unión nació una pálida hija,

Que es hoy la amante virgen de los poetas...

Luis Berisso.

Argentino.

Buenos Aires, 1900.

LA MUSA RURAL

Musa mía, canta el gallo!
A la puerta, inquieto, falca
El indómito caballo
Que en el duro suelo calca,
Resonando, el férreo callo,

Ponte, alegre y retozona.
Largo traje azul de cielo,
Con tu látigo y tu velo
De amazona.

Vete al campo hecha una diosa,
Que ya está la Primavera
Enflorando su abundosa
Cabellera.

¿Ves las flores de tus ojos?...
Son cual dos insectos presos
Por los vívidos excesos,
Son sus pétalos rojos:
Por los besos.

Bésalas Febo, y es fama
Que ellas le besan también.
Cuando el alba da su flama,
Es que el sacro soldán llama,
Y está listo ya el harem.

Rojos labios, se estremecen
Bajo el ósculo imperial...
Si, embriagadas se adornecen,
Novias gráciles parecen
En la cámara nupcial.

Mira el sol cómo se asoma
Tras la cumbre de una loma
Y flecos pone á un capullo
Ó al plumón de una paloma
Que se esponja en el arrullo!

Sol que hace aguas en el buche.
Ó de un toro en la cerviz,
Y oros pone entre el estuche
De las matas de maíz.

¡Mira qué sol, musa mfa!..
Su fulgente dardo agudo
Hunde en la copa sombría,

Ó de un lagarto ventrudo
Se quiebra en la crestería.

En las espigas esplende,
Fecunda el grano de Osiris,
El río elástico enciende,
Y de los saltos desprende
Gotas de iris.

Y cuando se entre en el bosque,
Y áurea alfombra dé á la hierba
Do paste, incauta, la cierva
Junto al reptil que se enrosque,

Tú verás las flores todas,
Cómo entre el bosque prendido.
Háblanse quedo, al oído,
Sobre secretos de bodas]...

¡Cuál se aduermen las indinas
Al arrullo de su amor!
¡Perfumadas concubinas
De un asiático señor!

¡Musa mía! Ven, parlara,
Entre los nidos dispereos;
Y dé tu lira hechicera,
Para entoldar la pradera,
La floración de sus versos!

Veamos, del ave que en vuelo
Entre las nubes resbala,
La comba que hace en el cielo
Al volar, seagada el ala.

Entremos en el bohío,
En donde se oye la nota
Del viento que zumba frío.
Y de la olla que barbota
Con hastío.

Vese alto mozo que grita,
Brioso corcel que se irrita

Y el cuello dobla cenceño,
O el fogón donde crepita,
Rojo de cólera, un leño.

Mira del bosque el follaje
— Revuelto mar de verdura —
Do el ceibo muestra el cordaje
De recia musculatura;

Donde, por cóncavas salas,
Huyen las fieras zahareñas
Cuando se enredan las alas
Del huracán en las breñas.

Cruje el roble, antes sereno,
Ronco viento lo deshoja,
Y, entre el espanto del trueno,
Le clava el rayo en el seno
Su hacha roja.

Calla el trueno; orla de espumas
Llevan los ríos fugaces;
Tiende sus pálidas brumas
El crepúsculo, y las plumas
Se sacuden las torcaces.

Verás: la luna hechicera
Nieva luz en la pradera;
Y así blanquea en el llano,
Que uno piensa que pudiera
Coger nieve con la mano.

Verás lo que nadie ve,
Cosas bellas, lindas cosas:
La huella que deja el pie
Del silfo sobre las rosas;

Castá diosa que sepulta
Su desnudez en las frondas;
Ninfa que huyendo se oculta
Y elfos que bailan en rondas.

Recoge, Musa! Atesora!
Te da sus tintes la flora,

Y nuevas notas están
Brotando de la sonora
Dulce flauta del dios Pan.

Toma luz, savia y olores,
Aspira sobre las cimas
Alientos germinadores;
Y que revienten tus rimas
Como revientan las flores!

*Santiago Argüello H.,
Nicaragüense.*

León, Nicaragua, 1900.

PIEDRA DE TOQUE

Hacía tiempo que descansaba sobre la roca, sentía el agua humedecer sus botines; el vientecillo frío del Sur azotaba su rostro, las sombras del crepúsculo empezaban a envolverle y, sin embargo, sujeto por una fuerza incomprensible, no se movió de aquel sitio.

Abstraído en sus pensamientos, cuanto le rodeaba no ejercía influjo bastante para arrancarle á ellos; la idea de su triste situación dominante en su cerebro, borraba cuantas impresiones pudieran afectarlo.

¿Qué hacer, se preguntaba, para conseguir despertar en el alma de Luisa un sentimiento, siquiera de simpatía hacia mí? He tentado todos los medios, he puesto en práctica los recursos todos de a galantería, no me ha escapado la menor delicadeza, la más mínima atención; he usado de todos esos detalles nimios que siempre agradece la mujer y, no obstante, nada, nada he logrado de ella; nada que no sean las fórmulas engañosas y obligadas de la educación.

Así vagaba su pensamiento; recordaba una á una las veces en que Luisa, la niña mimada de los salones, habíase mostrado amable con él, complaciente casi, como dando alientos á su esperanza y las tantas otras en que su actitud ceremoniosa, fría, derrumbaba

en un segundo sus ilusiones. Ensimismado, no sintió Jorge unos pasos que se dirigían al sitio en que estaba; una mano posóse suavemente en su hombro, haciéndole volverse sorprendido. Era Julio, uno de sus amigos mejores.

—¿Qué aficionado te has vuelto á la soledad!—le dijo.

—¿Por qué?

—Hombre!, van con esta tres veces que te sorprende sólo como un fantasma, en este mismo lugar y á estas horas.

—¿Cómo! ¿Tú me has visto antes de ahora?

—Ya lo creo! Te figuras que tú amigo Julio, mejor dicho, tu hermano, podía dejar de notar el cambio que se ha operado en ti, de un mes á esta parte? Creías que no había de extrañarme verte tan pensativo?

—¿Luego me has espiado?

—Si tú lo quieres así, te he espiado. Pero no por curiosidad, no por indiscreción, sí porque comprendía que algo grave te preocupaba y deseaba conocerlo, ya que tú, ofendiendo nuestra amistad, te negabas á confírmelo.

—Perdóname Julio; no te ofendas. No hay tal preocupación, es todo ilusión tuya. Si salgo solo, es únicamente porque siento placer en hacerlo así, y si elijo la orilla del mar, es porque me agrada extasiarme en la contemplación de su inmensidad, oír el suave rumor de su oleaje, aspirar su brisa perfumada por efluvios salobres...

—Vaya, hombre!, basta de pocaña, sabes que soy poco amante de las Musas. Hablemos en buena prosa y claramente. Te he seguido dispuesto á confesarte; conque así, empieza á hacer tu examen de conciencia.

—Siempre el mismo! Dispuesto en todo momento á las bromas!

—Pues créeme. Esta vez te hablo en serio; por la primera vez si tú quieres, pero no por eso es menos cierto. Ante todo, una pregunta: ¿Sigues teniendo en mí tanta confianza como antes?

—Pero Julio, ¿cómo me preguntas semejante cosa?

—Tú has dado motivo. Pero, dejémonos de preámbulos. ¿Estás enamorado, verdad?

—Yo!

—Sí, hombre; ¿á qué tantos aspavientos? ¿Acaso no es lo más natural?

—Sí, pero...

—No hay peros que valgan; tú estás enamorado aunque te empuñes en negarlo. No olvides que antes de ser fraile he sido cocinero.

—Me habes reír!

—Más vale así, pues lo que es antes parecía que ibas a hacer pucheritos. ¿Quién es ella?

—¡Pero, Julio, tú has perdido el juicio!

—Creo que eres tú quien ha perdido el juicio, la chaveta y hasta la manija. Vamos, ¿quién es ella?

—Pues bien, qué demonios! Ella... ella...

—Concluye.

—Pues ella es... es Luisa.

—Luisa, la planchadora!

—No me comas, no me comas.

—Es claro, dices Luisa a secas, como si estuviera obligado a saber qué Luisa es esa que te ha birlado el sentido.

—Contigo no se puede conservar la seriedad, ni siquiera se puede hablar.

—Vaya, no te enojés. ¿Luisa de qué?

—Luisa Visconti.

—Caracoles! Sabes que no tienes mal ojo, chico!

—Encantadora muchacha, verdad?

—Ya lo creo!

—Qué ojos! Qué boca! Qué dientes! Qué perfil tan perfecto! Y qué óvalo el de su cara!

—Y es claro, tú la amarás?

—Ah! Julio, la quiero, sí, con toda mi alma: creo que me será imposible experimentar otro sentimiento que iguale al que esa joven ha despertado en mí. Soy de los que piensan que sólo se ama una vez, y te juro que yo amo de veras; mis estudios, mis recreos, todo me causa fastidio insuperable al pensar que estoy condenado a verme despreciado, a luchar con mi mala estrella, a no verme correspondido.

Ah, Julio! tú sí has sido feliz! Encontraste quien te correspondiera y quien te pagase con creces tu cariño. En cambio, yo, que me siento capaz de los mayores sacrificios, que encierro en mi co-

razón un fondo de ternura capaz de ablandar una roca, tropiezo con la indiferencia, con el egoísmo!

—Pues hijo, no me has largado corto discurso! Caspitina! Quieres un poco de agua azucarada? Y casi, casi me haces llorar.

—Oh! Eres insoportable!

—Ven acá, zonzó. ¿Estás seguro de que Luisa no te hace caso?

—Por desgracia, sí.

—¿Qué pruebas tienes?

—Que á pesar de todas mis insinuaciones, de todas mis galanteorías, no he conseguido la menor indicación que pueda alentarme: al contrario, se muestra fría, reservada unas veces y otras como es ella, coqueta; pero tú sabes que esto lo hace con todos.

—Y dime: ¿tiene galanteadores la tal Luisita?

—Una colmena! Andan á su lado continuamente, se deslacen en galanteos, se la disputan para un val.

—¡Magnífico! ¡Soberbio!

—Cómo magnífico!

—Sí, hombre, magnífico! Ya verás pichón; ya verás!

—Eres incomprensible!

—Dime: ¿qué piensas hacer?

—Oh! Julio! Yo siento unas veces que pierdo el ánimo, y entonces la tristeza se apodera de mí, y otras, cuando pienso que amándola yo tanto, ha de entregar su cariño á otro hombre, una especie de furor me acomete, siento que mi sangre hierve y no sé qué me pasa; si conociera ese hombre, creo que le mataría.

—Qué carácter! Cuántos hombres se pierden por él!

—Qué estas diciendo?

—Nada, hombre. Que es necesario que te cases, y te casarás.

—¡Tú estas loco! No oyes lo que te digo?

—¿Que no te hace caso? Pero te haré.

Alejandro Lamas.

(Continuaré).

ÁGATA

A Amalia Martínez.

I

La dicha te consagra,
La primavera prendé sobre tu sien su tul
Y el arpa de tu seno, fundida por la nieve,
Parece una camelia del regío parque azul.

II

Serena, dulce, blanca,
La nivea frente erguida como diadema real:
Bajo su templo de oro, la virgen de los sueños,
Te ciñe con su traje de rosas de cristal.

Pedro J. Naón,
Argentino.

SOÑAR

La más dulce i más inmensa
recompensa
de las penas es dormir:
ni se lucha, ni se piensa
i no hay nada que sentir.

I esa dicha bendecida
no es cumplida,
pues la vienen á turbar
los recuerdos de la vida,
si empezamos á soñar.

Yo por eso tengo empeño
que un beleño

venga á hacerme descansar,
¡ es que sueño con un sueño:
dormir siempre ¡ no soñar.

Renato Morales,
Peruano.

Lima, 1900.

FLOR DE ROCA

En un álbum.

Hay una flor que vive entre las rocas,
de suaves, melancólicos colores,
bañada por las aguas y los vientos
y expuesta del estío á los rigores.
No tiene nada que le preste sombra,
ni quien aspire su fragante esencia....
El águila y el buitre solamente
conocen su existencia.

Pero ella, con la faz vuelta hacia el cielo,
resignada á la suerte que le toca,
ve pasar muchos soles y al fin queda
muerta sobre la roca.

Esa flor nunca contemplarla pude
sin sentir mi pupila humedecida,
recordando las almas desoladas
que nacen en las rocas de la vida.
A nadie importa su tenaz angustia,
ni nadie sabe sus ideales santos...
Los ecos de sus ayes los apaga
el mundo con sus cantos.
Perdidas en la inmensa muchedumbre,
sin fe, sin esperanza... abandonadas...
resisten noblemente sus dolores
y mueren olvidadas.

Enrique Rivera.

1899.

LA HISTORIA DE REGAL

(Del libro « Ensayos »)

Para Luis E. Ortega Z.

En el *Café de los Artistas*, donde un buen tabernero, hecho ya de la escasa pasta de los Ragueneau, brindaba cariflosa acogida á cuantos al arte se dedicaban, nos encontrábamos reunidos una noche, como de costumbre, hasta media docena de amigos, pintores ó literatos todos, unos ya de alguna fama y otros apenas conocidos del público.

Hablábamos de nuestra vida pasada, de nuestros comienzos, siempre difíciles, para adquirir notoriedad y provecho.

Uno en pos de otro, entre sorbos de cerveza ó ageno, contábamos las penurias de nuestros primeros años en la vida del arte. Había con lo que cada uno contaba para agregar muchos capítulos á la obra de Mürger; pero capítulos monótonos, pues casi todos habrían coincidido en lo que se refiere á la pobreza y las estrecheces que todos, cual más, cual menos, habíamos tenido que sufrir. No había en ello nada de original: siempre la vieja historia: el cerebro lleno de ilusiones y grandiosos proyectos, y el estómago proclamando enérgicamente que la naturaleza aborrece el vacío; los súbitos entusiasmos que imparte una idea brillante, el deseo de luchar, de arrollar á impulsos del genio todos los obstáculos que se presentan, y los crueles desengaños, las dolorosas postraciones ante el temor de no alcanzar el éxito deseado.

Todos nos escuchábamos mutuamente con el aburrimiento y despreocupación de quien oye un cuento que ya conoce, hasta que le tocó el turno á Regal, el más viejo de los presentes.

Regal era, se puede decir, nuestro patriarca... Aunque ya no pintaba para el público, su opinión en materias artísticas era tenida entre nosotros como muy valiosa. Todos sabíamos que una desgracia, que él consideró inmensa, le hizo arrojar los pinceles y

amargó para siempre su vida; pero, nacidos en una generación posterior, ignorábamos los detalles del asunto, que nuestro querido amigo nunca había querido contarnos, quizás por no avivar recuerdos para él muy dolorosos. Para la mayoría del público el nombre de Regal era completamente desconocido; pero los críticos viejos lo recordaban como á un pintor que con sus primeras telas hizo concebir de sí grandes esperanzas, retirándose después para siempre, por ignorados motivos, de las galerías y exposiciones; pero, sobre todo, los verdaderos iniciados en el arte recordaban su nombre como el del firmante del famoso cuadro *Mujer*, que había obtenido el primer premio en una exposición, y el cual había rehusado vender á ningún precio, á pesar de las magníficas ofertas que se le hicieron. Pero la mayor parte de esos amantes del arte ignoraban que el autor de tan famosa tela viviese voluntariamente oscurecido, enseñando dibujo en dos ó tres colegios particulares.

Regal acarició con tristeza su luenga barba gris, aspiró prolongadamente su pipa y arrojó después una espesa bocanada de humo cuyos espirales siguió pensativamente con la vista mientras se perdían en el oscuro y artesonado techo de la vieja taberna.

En seguida, como quien se resuelve á un penoso sacrificio, exclamó sacudiendo ligeramente los hombros: ¡ea! y, tras breve pausa, empezó así su relato:

—Figuraos como la primera parte de mi historia cualquiera de las que vosotros acabáis de contar, pero, al principio, algo más recargada de sombras, como que yo no tenía en el mundo ni padres, ni parientes de ninguna clase.

Aprendí los rudimentos del arte ayudando á un pintor de brocha gorda que pintaba fresco para las iglesias de provincias y los patios y corredores de las casas. Como no tenía, por mi escasa ilustración, otro medio para dar expansión á mi espíritu que pintando, tomé tanta afición á este arte que no pensaba en otra cosa que en imitar cuando á mi vista se presentaba. Esa comunión constante con la naturaleza dió á lo que yo pintaba un sello de originalidad que lo alejaba bastante del convencionalismo de todas las escuelas. Es verdad que en mis telas había grandes incorrecciones, pues yo ignoraba por completo los tecnicismos del arte, pero mi intuición artística salvaba muchos escollos y, como digo,

sabía imprimir en mi trabajo el sello siempre atrauyente de la originalidad.

Por entonces me aconsejaron algunas personas que habían visto mis cuadros, que estudiara sin descanso, pues tenía un gran porvenir.

A riesgo de morir de hambre, resolví seguir su consejo, y tomé un cuartucho muy elevado en el Barrio Latino. Ahí trabajé con ahínco durante bastante tiempo; frecuenté las galerías y los estudios notables, observé mucho, y, sobre todo, no dejé nunca de copiar la naturaleza, que era para mí la escuela por excelencia.

Sufrí privaciones sin cuento, pues por dedicarme á mis estudios, apenas si tenía tiempo para hacer uno que otro trabajo, que con firma supuesta, daba al mercado, para obtener lo más indispensable para la vida.

Pero la Providencia rara vez se olvida completamente de uno, y en esa época de tantas amarguras para mí, me deparó una dulce compañera, un ángel de la guarda.

¿Podrías decir vosotros dónde conocisteis á las buenas muchachas que hoy son vuestras abnegadas y amantes compañeras? No sabrías explicarlo, estoy seguro. En un paseo, quizás, ó en una noche de verbena. Pues bien, así, no recuerdo cuándo ni cómo, conocí á Margot, y de la manera más sencilla se vino á hacerme compañía, al firme, en mi modesto cuartucho. Ella era ahí la luz y la alegría. Se conformaba con todo, y la sonrisa jamás dejaba de iluminar su semblante. Desde que ella se vino á mi lado, cambió completamente mi existencia; ya no sentía abatimientos y dudas, porque ella estaba cerca para disipar mis penas con sus besos y su risa franca y sonora.

¡Y qué hermosa era! ¡Qué corrección en las facciones, que pureza de líneas en los contornos! Si ha existido un cuerpo de mujer perfecto, ese era el de Margot.

¡Figuraos ahora si la quería yo! La quería ciegamente como amante, y la admiraba como artista, pues veía en ella esa perfección ideal que en vano pretenden imitar el cincel y los pinceles.

Al llegar á este punto de su relato, Regal hizo una breve pausa, como para vencer el dolor que estos recuerdos le traían, y en seguida prosiguió así:

—Por ese tiempo se anunció un gran concurso extraordinario de pintura, y yo, que ya me consideraba bastante preparado, resolví aprovechar la ocasión de hacerme conocer del público y la crítica.

Estábamos á fines del Otoño, y las obras tenían que estar presentadas al comenzar la Primavera. De modo que había que trabajar todo el Invierno, la época peor del año para los que como nosotros, apenas tenemos con qué comprar algunos leños para la chimenea.

Para presentarme al concurso resolví poner en práctica la idea que tanto tiempo acariciaba: pintar un desnudo de mujer que sintetizara todo lo que la palabra mujer encierra de complicado y grande. Mi cuadro, aunque natural en la ejecución, debía ser también un símbolo.

Naturalmente que no pensé en otro modelo que en Margot; ¿Quién, si no ella, podía reunir todas esas perfecciones que yo soñaba para mi tela! Y luego, aunque yo hubiera querido alquilar otro modelo, no habría tenido con qué pagarlo, sobre todo entonces, cuando la obra en que iba á empeñarme demandaría toda mi atención y no me dejaría tiempo para hacer los pequeños trabajitos que me daban el escaso pan de cada día.

Principié á trabajar con todo brío y entusiasmo en los últimos días del Otoño. No hacía aún mucho frío, pero de vez en cuando se encapotaba el cielo y una espesa bruma envolvía la ciudad, poniéndome inquieto y nervioso, pues adivinaba en ella el heraldado del Invierno que con su cortejo de nieves y aguaceros empezaba su devastadora campaña al mediodía, sembrando por todas partes el sufrimiento y la miseria.

¡Oh! ¡Cuánto tenía yo al Invierno! ¡No por mí, sino por mi pobre Margot que tenía que estarse horas enteras desnuda mientras yo trasladaba al lienzo las purísimas líneas de su cuerpo! ¡Qué hermosura tan soberana! Aquellos de vosotros que sois poetas y habéis soñado una estrofa ideal que sea la forma única de expresar la idea que tenéis en la mente, estrofa en que nada falta ni sobra, pulida y tersa como obra de un lapidario y al mismo tiempo animada como obra de un Dios; los que sois poetas, digo, podréis comprender lo que era Margot para mí; era esa estrofa soñada, estrofa palpitante y magnífica, cuyas líneas consideraba yo las únicas que

podían contener el ideal de belleza que yo imaginaba en mis ensueños de artista!

Al principio, aunque por lo premioso de las circunstancias, estábamos á ración de hambre, todo marchaba bien, y el trabajo avanzaba normalmente. ¡Con cuánto cariño y cuidado copiaba yo las formas de mi querida Margot! ¡Y cuánto se enorgullecía la pobre, al pensar que sería ella la que iba á contribuir tanto á formar mi reputación, y que todo París se iba á quedar extasiado contemplando su hermosura!

Pero llegó un día en que trabajando con todo empeño, porque tenía no concluir en tiempo para el concurso, sentí una penetrante sensación de frío, algo como una fría bocanada de aire que entraba por las muchas rendijas de mi humilde cuartucho. Miré á Margot, que estaba desnuda en el lado opuesto de la habitación y estaba tiritando. Asomé la cabeza por la ventana y pude ver que como diminutas motitas de algodón, caía la primera nieve. ¡Y no había un leño en el fogón, ni con qué comprarlo! No teníamos ni un céntimo, y hasta la comida la obteníamos de fiado en una fonda de la vecindad. Y había que trabajar; el tiempo apremiaba, y si se perdía la ocasión de entrar en ese gran concurso, se verían postergadas mis esperanzas de gloria y de riqueza.

Yo notaba que el frío hacía daño á Margot, que tosía fuertemente y con frecuencia, pero como ella ¡tan buena! no decía una palabra, y yo no tenía otra preocupación que concluir el cuadro, seguía trabajando, sin dar importancia á los alarmantes síntomas de la enfermedad que ya minaba la existencia de Margot.

Cuando ya se aproximaba el fin de la obra, vine á comprender que Margot estaba mal: tenía fiebre y la tos arreciaba. ¿Qué hacer? ¿Suspender la ejecución del cuadro? ¿renunciar á la fortuna que ya veía tan cercana y que nos iba á resarcir de todas nuestras privaciones? Eso es lo que debía haber hecho. Así lo intenté, pero Margot se opuso. Quería seguir sirviéndome de modelo. Dijo que se sentía mejor, y lo fingió en cuanto pudo, y yo fui bastante imbécil para ceder y seguir pintando, mientras ella con una abnegación sin límites sacrificaba por mí su existencia.

Por fin concluí el cuadro. Vosotros lo conocéis, y no es jactancia el que os diga que yo mismo lo creía bueno. Pero, si por ese

lado podía estar satisfecho, en lo que respecta á Margot mi dolor rayaba en la desesperación. La pobre estaba cada día peor. Con súplicas y llantos logré que un médico viniera á verla, y tuve el desconsuelo de oír de su boca ¡que Margot no tenía remedio!

Imaginaos mi dolor. El único ser en el mundo con quien me unía algún vínculo, la única persona á quien amaba, iba á morir por mi culpa, por mi egoísmo.

El jurado del concurso declaró que el cuadro *Mujer* del señor Enrique Regal, era acreedor al primer premio, que me fué otorgado en la forma de una corona de laurel y diez mil francos, en dinero; y con diferencia de pocas horas moría en mis brazos, en medio de mi desesperación, mi adorada Margot. Y murió con la sonrisa en los labios, su eterna y angelical sonrisa, contenta y orgullosa de mi triunfo.

La corona de laureles fué la única que hubo sobre su ataúd, y los diez mil francos los destiné íntegros al mausoleo que hoy podéis ver en el Père-Lachaise.

Ya sabéis, pues, la historia que motivó mi propósito, fielmente cumplido, de no volver á pintar jamás, y sabéis también por qué no quise vender el cuadro á ningún precio. ¿Cómo lo iba á vender si en él está la vida de Margot? Sí, porque es el alma de ella la que lo anima, no el soplo del genio, como pretendían algunos críticos que no sabían sentir.

Cuando Regal concluyó su historia, todos nos quedamos silenciosos y llevamos las copas nuevamente á los labios. Es seguro que más de una lágrima fué á mezclarse entre las opalinas gotas del ageno.

Carlos Ledgard,
Peruano.

DYSIS

Para LA REVISTA.

Quando declina el Sol, y en el Oriente
creciendo avanza la nocturna sombra,
llegar me place á robledal lascivo
por ancha emelga que el escalio corta.
Bríndame asiento derribado tronco
que oprima gualdas y resecas hojas
de clara fuente á la plomiza margen
donde confiados ánades retozan.
Y mientras corre acicalada linfa
de alfábegas regando verde copia,
me invaden prestigiosos los recuerdos
de la edad juvenil.

Mi mente evoca
de placeres remotos las imágenes
que en grises nieblas del pasado flotan,
y dóciles acuden al conjuro
las ya marchitas ilusiones pródigas
que en aleteo rítmico mis sienes
de fatigado caminante rozan.

Allí al calor de estudiantil anhelo
que las bellezas clásicas explora,
bajo el frondoso sárculo del álamo
en que zarcea tímida la alhoja,
leyendo añosos libros que estamparan
los tórculos de imprentas españolas,
trasportábame al mundo que embellecen
los grandes genios de la Grecia y Roma.

Allí solía del esmírneo ciego
cuya alma vive en inmortales obras
sentir la noble inspiración olímpica
que en molde hermoso de perfectas formas
con el hechizo de potente numen
del duro Cronos los rencores doma.

Obediente á la madre de las Musas,
que en reanimar lo que murió se goza,
entre rumores suaves de las auras
que los arbores á su paso doblan,
enviaba sonando á mis oídos
la tibia del dios Pan alegres notas.
Aparecíase el salaz anciano
cantor del vino y de la fiebre erótica
que en Teos en loor de la Hetaíra
improvisaba temulentas odas
con rojo zumo de las vides dando
fuerzas de efebo á enronquecida gorja,
al par que innoble en el torcido arriate,
que la distancia al pecinal acorta,
era el mármóreo entalle de Dionysos
expectador de fervidas zozobras,
de turbador deseo de aquel Dafnis
y aquella ninfa de hechiceras formas
que en idilio realista de Teócrito
sobre grádula muelle se abandonan.

Otras veces fingíame la mente,
en alamedas de Tibur famosas,
acordes sugestivos de la lira
del dulce Horacio, de Venusa gloria,
que con diadema de fragantes flores
las Lices y las Tindaris coronan.
O subyugado por la amable Piéride
del prodigioso autor de las Geórgicas,
viendo campiñas fértiles cubiertas
por las mieses que Démeter sazona,
maldecía de peltas y de espadas,
del gylión y la efátide ostentosa,
y me encantaba recorrer señero
el entreliño donde Icaria mora,
como pastor tesalio sin más bienes
que el fardel y la rústica zampoña.

¡Oh tiempo aquel de la ilusión radiante!
¡Oh bella edad de las visiones pródigas!
Al toque cruel de decepción adélfica
que del alma los sépalos destroza,
he perdido sus nobles energías,
y sus venturas para mí no tornan.

Rasgado el velo que ocultó á mis ojos
la iniquidad que á la Natura informa,
herido por abrojos punzadores
que de perfidias de los hombres brotan,
no miro como en años juveniles
las que mi mente con afán evoca
imágenes risueñas que surgían
del robledal en estivales sombras.
La niebla del dolor hoy las esfuma;
la Hélpide gentil no las colora,
y tácitas discurren acreciendo,
con nostalgias del bien, tristezas hondas.

Manuel A. San Juan,
Peruano.

Lima, 1890.

RÁPIDA

A mi amigo Washington M. Sánchez.

Muere el sol. La luna asoma
de lo infinito colgada,
y á la luz de su mirada
se va blanqueando la loma.
Dobla la tierna paloma
bajo el ala su cabeza;
por la intrincada maleza
pasa la brisa jugando
y el valle se va poblando
de misteriosa tristeza.

A lo lejos, lastimero,
repite el eco un balido;
la calandria desde el nido
reclama á su compañero.
De un rancho bajo el alero
vaga una sombra perdida;
de blanco cendal vestida,
en la soledad que pasma
semeja incierto fantasma
que abandona la otra vida.

Cual vaporosa ilusión
el fantasma sube y llega;
de nuevo en sombra se anega
y resurge á la visión.
La diáfana aparición
sus blancas alas abriendo,
baja una senda corriendo
perseguida por la luna,
que al borde de una laguna
la mira llegar gimiendo.

La superficie dormida
del agua tersa retrata
como un espejo de plata
su sombra descolorida.
Luego, en brusca sacudida
la laguna se estremece;
su cristal se desvanece
marcando discos y espumas
y como un manto de brumas
el fantasma desaparece!

Resuena un triste lamento
por la campiña callada,
que de quebrada en quebrada
vuela á repetir el viento.
Su rumoroso concento
desde el llano á la cuchilla,
cuenta la historia sencilla
de amores infortunados,
traidoramente pagados
con deslealtad y mancilla!

Orosmán C. Moratorio.

1909.

SOMBRAS

Para mi hermana María Arias de Anaya.

La instrucción es el principio de todos los principios.
El alma que carezca de ella se encuentra esclava del pensa-

niento, envuelta en las sombras crasas de la ignorancia, y sometida á la fuerza inconsciente de las preocupaciones más absurdas.

La santa resignación cristiana es la virtud que me llena de más admiración y respeto.

Es el bálsamo del cielo que tiene la influencia de aplacar la desesperación del enloquecido por el dolor y la angustia, y de aplacar los vientos desencadenados en el alma, que despedazan y pulverizan por intervalos todas las energías morales.

La patria es la madre común que cobija á todos bajo la misma bandera, bajo el mismo cielo, bajo el mismo sol, bajo el mismo ambiente.

Sus glorias son las glorias de todos sus hijos por igual, porque ella, en su amor acendrado y único, no admite categorías, ni tradiciones, ni divisas.

Sólo admite principios puros que tiendan á constituirla grande, libre y feliz.

Nacer para vivir sufriendo, para vivir luchando, para vivir con lágrimas de dolor y la eterna mueca de incredulidad y de excepticismo en los labios...

Esa es la vida...

Concluidas las energías físicas, despedazadas las energías morales... ¿qué nos resta entonces?...

Llega la muerte, y nuestra existencia termina como una vela que se acaba...

Penas, dolores, luchas, desengaños, pesares, delitos y traiciones le sirvieron de cortejo...

Y, sin embargo... cuántas ansias de vivir... cuántos anhelos locos de alcanzar la felicidad, que no se obtiene, porque no existe más que de nombre... porque no es más que una palabra... porque no es más que una quimera...

Debemos hacer el bien, todo el bien posible, derramar alegrías y perfumes por doquier, suavizar con nuestra palabra de aliento y de consuelo los dolores del enloquecido por la angustia y del perseguido por las grandes é irreparables injusticias humanas, para que, cuando la pálida desposada, de mirada extrañamente inmóvil y labios fríos, deposite sobre nuestra frente el beso de la muerte, el beso de la eterna despedida, podamos bajar al misterio impenetrable de las tumbas, con la conciencia tranquila del deber cumplido.

La Religión es la llama celeste, el puerto seguro, la nave que flota serena y gallarda sobre todos los desencantos, sobre todos los infortunios, sobre todas las adversidades.

Una casita blanca, blanca como sus ilusiones de novia, coquetamente escondida entre tupido follaje. Una glorieta tapizada con el napindá en flor, el ambiente saturado de perfumes de azahar, de violeta y de jazmín; pájaros enamorados lanzando sus trinos armoniosos en el florestal. Un cristalino arroyuelo murmurando en su lenguaje misterioso endechas de pasión; un bote esperando á la orilla la preciosa carga...

Y en medio de ese nido de amor, *ella*, reina y soberana, imponiendo la voluntad de sus grandes ojos pardos, de sus ojos en los cuales el mar puso la sombra de sus profundidades, y *él*, su ideal soñando, de cabellos rubios como hebras de oro y ojos en los que se retratan el color mil veces querido de nuestro cielo y el color mil veces querido de nuestra bandera inmaculada...

Las monótonas é indefinibles brumas de las sombras, han formado á mi alrededor espeso manto, que en vano intenta la mirada penetrar.

¡Sólo un momento han necesitado para extenderse por el mundo!...

Esto trae á mi alma, que vaga en el ideal, el recuerdo doloroso de la inestabilidad de las cosas terrenas y la abisma en hondas y penosas meditaciones...

¿Qué es la gloria, el orgullo, la vanidad, el oropel, el poderío?...
«Chispas de bellissimo fulgor», dijo el poeta... Fatuos fuegos,
agrego yo, convencida, como estoy, de que todo pasa, de que todo
tiene su fin cercano é irremediable, de que todo lo que alienta va
á sepultarse en abismo inmenso de donde no ha de volver, de que
todo se apaga, desfallece y muere...

Entonces, ¿para qué cifrar venturas? ¿para qué clamar?...

Sara Julieta Arlas

¡ELLA!

Era una noche de primavera
La vez primera que yo la vi,
De blanco estaba toda vestida
Con unas cintas de azul turquí.

Era una noche clara y hermosa,
¡Maravillosa noche de amor!
La tierra, el cielo..., todo, la luna
Lo iluminaba con su fulgor.

La vi y al punto sentí el encanto
Plácido y santo de una pasión;
Ella era el ángel que había soñado
En este mundo mi corazón.

Como las nubes plumas de un ave
Blanco y suave su cutis es,
Y de muñeca, sifide ó hada
Así pequeños tiene los pies.

Su voz es blanda como un arrullo,
Como el murmullo de una oración,
Como las vagas notas que el viento
Trae por las noches, de una canción.

Su diminuta boca bermeja
Cáliz semeja de algún clavel

De esos que se abren en los jardines
Del paraíso llenos de miel.

Tienen las hebras de sus cabellos
Aureos destellos, luces de sol,
Y sus mejillas de terciopelo
Luciente nácar del arrebol.

Era una noche de primavera
La vez primera que yo la vi,
De blanco estaba toda vestida
Con unas cintas azul turquí.

Antolin R. Lasmús.

Buenos Aires.

CUANDO ME ESCRIBES

En el Álbum de la señorita E. A. S.

El cielo está de fiesta. Corren las nubes
y el sol manda á la tierra cálidos rayos
que brillan en la esfera de azul celeste
con los reflejos áureos de los topacios.

Al son de mil trompetas
acuden angelitos uniformados
que tienen en los ojos regios brillantes
y llevan en las alas ópalos raros.

El Fénix de la altura, desde su trono
contempla la alegría de sus vasallos
y ríe con las burlas del astro jefe
á un infeliz planeta que está apagado.

Desde un rincón del cielo, lleno de flores
las vírgenes asisten al espectáculo
en medio de una corte numerosísima
toda de santos!

Y orquestas invisibles de arpas cólicas
 difunden sus arpeggios filigranados,
 llenando el firmamento de melodías
 más dulces que perfumes de colisanto.

Las vírgenes me mandan una paloma,
 blanca como las nieves de las montañas,
 como los pétalos de los jazmines,
 como un vestido de desposada.

Se acerca á mí gozosa, revolotera,
 agita con dulzura las tiernas alas,
 y abriendo su piquito me dice... ¡Alégrate!
 ¡Hoy tienes carta!...

Alfredo Varsi.

Villa Colón.

EN EL CUARTEL

(De la novela en preparación « El Señor Ministro »)

III

Arturo Rodríguez, el redactor en jefe del diario palaciego, llegaba al gran portón del Cuartel del 10.º de infantería de línea, en momentos del relevo de la guardia. Fuéle necesario esperar largo rato para poder entrar. Mientras tanto, púsose á mirar atentamente. Eran las ocho de una mañana glacial de Junio. Dos cabos y un soldado, envueltos en sus capotes de paño azul-oscuro, casi negro, llevando el último su fusil con la bayoneta armada, aproximáronse al centinela que se hallaba junto á la garita, donde aguardaba presentando las armas. Los cabos pertenecían, el uno á la guardia entrante, y el otro á la saliente. Este último se aproximó al centinela apostado y le ordenó que entregara su puesto al soldado que los acompañaba, al cual su superior al mismo tiempo mandaba reci-

birse de él. Transmitidas ambas órdenes de cada parte, el centinela que iba á ser relevado cruzó su fusil con el del otro, y, en voz baja, le dió á conocer la consigna, que los dos cabos escuchaban aplicando la mano en derredor del oído, según es costumbre en los cuarteles, probablemente para oír mejor las palabras pronunciadas despacio, con arreglo á la ordenanza.

Efectuado el relevo, volvieron los cabos y el centinela saliente al Cuerpo de Guardia, donde se hallaban formados los soldados que concluían el servicio de veinticuatro horas y los que entraban á reemplazarles. Entonces tuvo lugar la transmisión de consignas de una á otra parte, de cabo á cabo, de sargento á sargento y de oficial á oficial, hasta llegar á los comandantes de campo. Finalizado esto, los oficiales ordenaron echar armas al hombro y la nueva guardia penetró al sitio que le estaba destinado, marchando la relevada á su alojamiento, al fondo de la Plaza de Armas.

Todo esto presenciaba, desde frente al Cuartel, Arturo Rodríguez, mientras consumía pacientemente algunos cigarrillos. Él estaba acostumbado ya á estas cosas. Conocía al dedillo el mecanismo del relevo de guardia, y no ignoraba que tendría que esperar aún varios minutos, hasta tanto que el Comandante de Campo relevado diese cuenta al jefe del batallón de haber entregado su puesto, y recibiese, el que entraba en ejercicio, las nuevas órdenes del superior.

—Se me pegaron las sábanas,—decía para sí, mientras paseaba por la vereda, á fin de calentar los pies. Si llego un cuarto de hora antes, me libero de este plantón. Ya vendrá el día en que tengan todos los cuarteles francas sus puertas para mí!

Y sobre este tenor se extendió en largo monólogo el flamante abogado y director del diario oficial, hasta que, desde su sitio de espera, pudo apercibirse que la nueva guardia quedaba definitivamente constituida. Atravesó la calle y se dirigió al centinela, que le dió la voz de alto, y al cual manifestó que deseaba ver al jefe.

—¡Cabo de cuarto!—gritó el centinela.

El cabo apareció en seguida y Arturo le dijo á lo que iba. Entró aquél al Cuerpo de Guardia y habló con el sargento, el cual á su vez se apersonó al oficial de facción, quien dió cuenta de lo que le decía su subordinado al comandante de campo.

Al poco rato, y después de haber dado su nombre, entraba Arturo al Cuartel. El edificio le era muy conocido, así es que, sin que nadie le indicase el camino, fué directamente al despacho del jefe, que estaba en la Plaza de Armas, junto á la Mayoría.

El coronel López, jefe del 10.º de infantería de línea, conversaba con varios íntimos. Su salón tenía cierta semejanza con el de un Ministro con palmas de general. No le faltaba, para completar el parecido, su correspondiente antesala, y hasta los abigarrados visitantes, se asemejaban bastante á los que gastan las alfombras y el tapizado de las sillas y butacas de palacio. El cuadro era animado. El coronel, hombre joven y de buena estampa, conversaba con otro militar y un caballero anciano elegantemente vestido, de pie, junto á una amplia ventana con vistas á la calle. Un moreno sargento, parado á respetuosa distancia, tieso como un poste, esperaba el mate que uno de los visitantes succionaba lentamente. Sentados acá y allá había hasta como diez personas entre militares y particulares, á quienes un soldado servía también mate. De vez en cuando, el coronel abandonaba la ventana y departía en privado con alguna de estas últimas. Por lo general, eran amigos que iban á solicitar recomendaciones á otros favores de López, pues más de una vez tuvo que ir á su escritorio á llenar tarjetas que entregaba á los mismos, afablemente, dándoles, al despedirse, afectuosos apretones de mano y acompañándolos con cortesía hasta la puerta.

El coronel López era hombre que tenía esas dos preciosas cualidades á que los franceses llaman *savoir vivre* y *savoir faire*, con las cuales, y algo de talento y regular dosis de audacia, tantos con presillas y sin ellas, han escalado las más encumbradas posiciones políticas en éstas aún adolescentes democracias.

(Continuará).

Oriol Solé Rodríguez.

VISIÓN

Hacia la mitad del siglo pasado, después que alcanzó resonancia universal la magna empresa de los Treinta y Tres y la de los sos-

tenedores de la Nueva Troya, llegaba hasta nosotros, contada como leyenda bíblica, la narración de que un viejo encorvado por el peso de los años y de los servicios militares consagrados á la patria, hacfa vida patriarcal en solitaria selva paraguaya.

El infortunio y la tiranía de un hombre que autocráticamente gobernaba su país, lo desterró y confinó en « Curupaytí », más que por envidia á su gloria justamente alcanzada en las luchas por la autonomía de un pueblo que amaba hasta el sacrificio, por el odio que despertó en su espíritu el desinterés, la abnegación, el heroísmo y el amor á la patria que demostró el caudillo legendario, en esa misma campaña iniciada para libertar el nativo suelo de la oprobiosa tiranía extranjera.

Proscripto y olvidado, vivió muchos años. En su apartado retiro pensaba gozoso en su patria redunida ya, que lloraba la ausencia de su padre.

Con su mirada fija en el horizonte, revelaba el caudillo el profundo sentimiento de un alma oprimida y maltratada por infame ingratitud, y en sus palabras y en sus gestos llenos de resignación y de paciencia, demostraba el dolor profundo de su corazón, por el alejamiento forzoso, y por el abandono é indiferencia de sus conciudadanos.

Vea acercar el viejo luchador sus últimos días, y con la entereza de siempre, en medio de su infortunio, aceptaba tranquilo y sumiso la recompensa que le guardó el destino, después de tanta gloria!, de tanta abnegación!, después de tan sublime sacrificio para romper las tiránicas cadenas opresoras.

Por el año 49, en los días caliginosos del mes de Diciembre, cuando el espejismo en las extensas llanuras maravillosamente se producía, el viejo decrepito se hallaba sentado á la sombra de un añoso urunday, recorriendo aquella hermosa campiña con la vista; vió, allá lejos, muy lejos, casi en el horizonte, un grupo de soldados que marchaban en columna cerrada levantando polvareda y en medio de sus filas flotaba, azotando el viento, el estandarte portugués, que en hora menguada, lo vió por última vez en Catalán.

El fenómeno óptico, unido al espejismo, acrecentaron las figuras visionarias y el viejo campeón sintió hervir la sangre en su orga-

nismo de hierro, sus brazos accionaron con fuerza, sus labios se comprimieron y su figura de caudillo se irguió y dando un grito estentóreo dijo:

«Ansina: tráeme el caballo, que vienen los portugueses.—¿Dónde, mi general? exclamó el negro servidor—Allá, ¿no ves? dijo señalando hacia el fondo de la llanura—Es verdad, dijo éste—aunque no había visto nada, pero tenía confianza en la buena vista de su antiguo jefe y buen compañero.

Apúrate, trae la lanza, ponte tu sable de blandengue y tu tercerola de Montevideo, vamos á chocar con ellos—aunque muchos, no le tememos al número ».

Ansina se apuró, trajo y ensilló los caballos, y se armó de carabina y sable.

Su jefe montó en el *Centauro*. En su vejez, aquel rostro tostado por el sol de otro país, se enrojeció y lleno de abnegación exclamó: «Mi lanza, y vengan portugueses ».

El sol que en esa hora pasaba por el meridiano, fué envuelto por una inmensa nube que cubrió el campo con su sombra.

El espejismo desapareció; la tropa, que no era otra cosa que un fenómeno atmosférico que hizo equivocar su vista, se perdió en el ancho campo.

El viejo luchador conoció su engaño—y quedóse sumido en profundo abatimiento.

Esta visión de Artigas fué la pesadilla que apuraba el postrer momento de su vida, que iba á apartarlo del seno de los suyos excluyéndolo del escenario en que actuó con tanto patriotismo y valor.

En el corazón de sus conciudadanos quedarán el recuerdo de sus sacrificios, y el ejemplo de sus virtudes y heroísmos, retemplarán el espíritu de los que heredaron su magna obra, en los momentos de la ruda prueba.

Pedro Pérez,

Subteniente.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

BIBLIOTECA MILITAR

He aquí uno de los temas que nos ha sugerido mayor atención al dedicarnos á investigar el modo de hacer práctico en nuestro Ejército todo lo que importe un adelanto ó un progreso.

Sin estudio, sin preparación científica, no pueden concebirse iniciativas laudables, proyectos serios que importen adelantos ó progresos. Es por eso que los grandes Generales que asombraron al mundo con sus victorias, sus excelentes disposiciones en el campo de batalla, no conseguían sólo su objeto con la práctica de los campamentos y los numerosos combates en que se encontraban, sino que en ellos no hacían otra cosa que hacer práctico lo que leían y aprendían en la tregua que le proporcionaban sus campañas.

No es ahora solamente que el militar celoso de su preparación, de su mayor caudal de conocimientos en la profesión que sigue, estudia y lee con frecuencia todos los últimos adelantos de la guerra moderna que han sido vertidos en revistas, textos ó conferencias dadas en países extranjeros. Remonta á épocas muy antiguas en que las cuestiones militares eran precisamente el objetivo principal, el punto preferente de la dedicación de los gobiernos para sus subordinados, y sólo así puede concebirse esas épocas eminentemente guerreras cuyo estudio formaron la base de las primeras autoridades militares consideradas hoy en día.

Pero es precisamente una de las cuestiones que ofrecen mayor inconveniente para un militar que desea ilustrarse el excesivo costo de las obras relacionadas con su profesión, y no existir en el país, en la generalidad de los casos, las necesarias.

Es de imprescindible necesidad la creación de una *biblioteca militar* que proporcione los conocimientos necesarios, poniéndonos así en condiciones de dar cumplimiento á los deseos ó ideas de adelanto que requieran los jefes superiores del Ejército.

Ya en el año 1895 un periódico militar hizo la misma propaganda, proponiendo al Superior Gobierno un proyecto para su creación, y en la misma época el Club Militar de Velocipedistas quiso llevar adelante el proyecto formándolo en el local social, pero en ambos casos no tomó cuerpo la idea.

Su necesidad se palpa perfectamente con las bibliotecas fundadas últimamente en los Batallones 1.º y 2.º de Cazadores para el servicio de los mismos, cuyos jefes, conociendo perfectamente que es uno de los medios más prácticos para ilustrar á sus oficiales y soldados, han designado una mensualidad de acuerdo con sus propios oficiales para su sostenimiento y progreso. Estos procedimientos de los cuerpos citados contribuyen á demostrar nuestros acertos, máxime si se tiene en cuenta que se trata de algo factible, sin que el tesoro del Estado tenga que hacer mayor desembolso, cuya realización importaría, como dejamos dicho, un gran adelanto para el Ejército.

Nuestra idea sería — someramente bosquejada — la siguiente: separar de la Biblioteca Nacional todas las obras militares que en ella hubiesen ó que por su índole tengan alguna atinencia con el Ejército; solicitar, como lo decía el periódico mencionado, por medio del Ministerio de Relaciones Exteriores, que los Ministros ó Cónsules en el extranjero establecieran canje con nuestras obras nacionales, los militares de los países en que se encuentran; solicitar igualmente la donación de textos á las autoridades militares y civiles, elementos del Ejército y á todas aquellas personas que se consideren simpáticas al mismo; y abrir una lista de suscriptores cuya cuota mensual no podrá ser menor de treinta ni mayor de cincuenta centésimos, quedando en esta forma cimentada la futura *Biblioteca Militar*.

Para su sostenimiento y progreso se pasaría, al mismo tiempo, una invitación á los señores jefes de cuerpo, buques de guerra, reparticiones militares, etc., para que se suscribieran con una cuota de cinco pesos mensuales por lo menos de sus presupuestos respectivos, cantidad que por lo reducida no importaría mayores sacrificios, máxime siendo voluntaria. En esta forma, y suponiendo que el número de reparticiones no baje de veinte, contribuirían con una mensualidad de cien pesos que reunidos á la suscripción

que podría existir, sería lo suficiente para el sostenimiento de la Biblioteca.

En cuanto al local podría designarse uno de los salones que existen en la planta baja del Estado Mayor General del Ejército y que por el momento no se encuentra ocupado; de esta manera quedaría más a la inmediata dependencia del propio Estado Mayor. Con relación al personal dirigente se dispondría de los señores jefes u oficiales que se encuentran en situación de cuartel y que no tienen destino determinado, ó en su defecto designar empleados honorarios que creo que hay muchos que no se negarían a ello siempre que sus empleos efectivos se lo permitiesen. Respecto al servicio de limpieza y arreglo del local podría ser subsanado con dos soldados viejos que por sus años de servicios debe dárseles descanso en la vida de cuartel y que con un pequeño sobresueldo que se le daría de los mismos fondos de la Biblioteca quedarían llenadas las vacantes enunciadas.

Con un poco de buena voluntad y contracción por parte de las personas designadas para su dirección, creemos que, sin mayores erogaciones para el Estado, podríamos con una *Biblioteca Militar* cuyos beneficios pronto se palparían y daría lugar para que los propios clases y soldados distinguidos del Ejército que rara vez leen un libro militar por su excesivo costo, puedan ilustrarse y prepararse militarmente.

Dejamos, pues, sembrada esta semilla, dispuestos siempre a hacerla germinar cuando el terreno se presente favorable para su desarrollo.

Jaime F. Bravo,

Tercero 1.º

Montevideo, Febrero 6 de 1900.

NUESTRA MARINA

I

Ha llegado la hora feliz, de entrever siquiera tenuemente, en el camino brumoso de nuestra marcha hacia adelante, las esperanzas que marcan con pureza la potencia futura de nuestra armada.

El indicador del adelanto naval americano señala el momento de la organización de nuestra marina de guerra, si queremos marchar sobre seguro en el concierto americano, deben surgir nuevamente los entusiasmos náuticos que nos dieron poder en los albores de nuestra independencia, debemos seguir con este nuevo siglo el rumbo seguro hacia nuestra grandeza, fomentando con sinceridad y fe de buenos, sin egoísmos, sin pasiones y con el cariño debido a la patria, su defensa marítima.

Felizmente hoy, no queremos un *Conon* que tenga a *Lisandro* porque no tenemos que pueda en breve presentarse una acción como *Cuido*, que nos dé gloria y preponderancia naval, otra clase de factores, de otro orden, de paz y no de guerra, deben iniciarnos en la lucha, nos hace falta un pueblo que entregue a la patria un buque de las condiciones que se indicarán en el curso de estos artículos; que se revele grande como el argentino que en un arranque patriótico repone la nave tragada por los elementos embravecidos, que vencieron en su brutal empuje las resistencias de la ciencia y valor humano, ó como el español, que una simple colonia, rica en amor de progreso, entrega un crucero a su gran España! para fortalecer su poder naval y por fin es preciso que brillen los hombres, hoy apagados y mudos, que pueden por su talento ó influencia política, hacer prácticas las ideas de adelanto para su patria, imitando siquiera lo que en materia naval, hizo por la República Argentina, el genio de uno de sus buenos hijos: don Domingo F. Sarmiento.

Este gran hombre, ejemplo entre los políticos americanos, hablando con los socios del *Centro Naval Argentino*, explicaba en las siguientes palabras, su cariño, su amor y su fe, en el valer de una escuadra: «Creed—decía—que guardo la seguridad de que con la «Escuela Naval» quedaba garantida la independencia que nos legaran nuestros padres y creado el vínculo que nos une a todas las otras naciones, por el cultivo de las ciencias y de las artes que dominan las fuerzas de la naturaleza, enfrenan las olas y contienen la injusticia».

Sus palabras han sido de profeta, la escuadra argentina hoy poderosa, tuvo no ha mucho, el poder de someter a un árbitro el importante asunto de límites que amenazaba seriamente la tran-

quilidad sudamericana; y nuestros vecinos escuchando el eco de la palabra del gran patriota, se han hecho fuertes y grandes. Como agradecimiento y premio merecido pasean hoy el nombre de Sarmiento por todo el mundo, para que las olas de todos los mares lo acaricien y para que los pueblos todos conozcan el nombre de quien supo dar poder á su patria porque le dió Marina.

Nosotros por el contrario, aún habiendo sido los iniciadores de los estudios náuticos en el Río de la Plata, y obligados como estamos por la naturaleza á dar defensa á nuestro litoral marítimo, hemos dormido, y hoy al despertar, contemplamos con desconsuelo, al menos por mi parte, el parangón que se hace de nuestra escuadra con la de nuestros compañeros de vida en América: la Argentina, Chile y el Brasil.

La suerte, amiga sincera de nuestros destinos como nación, ha querido dispensarnos hasta el presente de la necesidad de buques, y si en luchas internas su poder se ha sentido, su falta se ha pretendido suplir, invirtiendo millones en arrendamientos perjudiciales siempre y que de nada hubieran servido en un choque internacional.

Hoy no encontramos poder ofensivo ni defensivo en nuestra escuadrilla, la sostienen como gigantes columnas, los nombres siempre queridos de Artigas, Rivera y Suárez, y siquiera como signo de cariño hacia ellos, hiciéramos un esfuerzo para llevarlos por el mundo en naves-escuelas que correspondan á su talla, sentiríamos el orgullo de iniciar nuestro porvenir naval, fatalmente olvidado.

En ese sentido, queriendo contribuir en lo ínfimo de mi poder, tanto intelectual como material, al progreso definitivo y seguro de nuestra Marina, arrojo en este artículo y los subsiguientes, mi grano de arena, al aire, hacia las playas del progreso.

No es preciso engolfarse en citas históricas para probar la importancia en toda nación marítima de su defensa naval, porque de ello hay convencimiento general entre las personas de serio pensar; desarrollaré, pues, la idea que nace en mí con fe sincera, idea que pudiera tener aceptación como práctica, cuya aplicación, que sin exagerar nos daría una escuadra poderosa, exigiría por otra parte erogación exigua, fácilmente soportable por la nación y tendría la virtud nada despreciable no sólo de ~~no aumentar~~ con los años sino también de hacernos dueños en todo momento de los más recientes adelantos en materia naval.

A primera vista, lo dicho parece una onormidad; se argumentará que las escuadras cuestan ingentes sumas á una nación; se dirá que los grandes y poderosos buques modernos requieren millones para su adquisición y conservación, muchos hombres para su cuidado y gastos serios para instruirlos prácticamente, que esas máquinas de guerra encadenadas además á la época de su construcción, desmerecen con los nuevos perfeccionamientos que se suceden rápidamente y el resultado final será siempre el de contribuir á corroer el Tesoro público sin beneficio real, al menos apreciable.

Nada más falso: si para poseer marina de guerra fuera necesario adquirir material naval *en todo momento* y soportar su costosa conservación, es lógico que para nosotros la empresa sería inabordable, pero felizmente las cosas se presentan de modo bien diferente.

Cuando pienso lo que caprichosamente gasta Inglaterra, Francia, Italia y todas las naciones marítimas de nuestra Europa en sostener sus *exageradas escuadras*, cuando del viejo mundo corriendo la vista á occidente el coloso norteamericano sorprende y entre nosotros, la Argentina, Chile y el Brasil que adelantan rápidamente, me asalta el pensamiento de que nuestra nulidad marítima se manifiesta cada vez con mayor claridad, pero me pregunto: ¿por qué razón para tener escuadra hay necesidad *siempre* de tener buques? ¿no podría tenerse una flota de guerra poderosa *sin tantos* buques de combate?

Salta las pruebas, perfectamente serias y aceptables que deslindan el asunto y sientan la conclusión siguiente para nosotros muy favorable: *Una escuadra poderosa EN TIEMPO DE PAZ requiere selecto personal y nunca buques de combate.*

Con este criterio en ocho ó diez años estaríamos en condiciones, por lo menos igual, á cualquiera de las potencias navales sudamericanas.

Lean, pues, lo que sigue, todos los orientales de corazón, los que siendo buenos hijos de este codiciado manjar sudamericano, olvidan rencillas de familia y se levantan alto, bien alto, á las cumbres del deber y verán que nuestra felicidad no hace camino, por que no tenemos Marina propia tanto mercante como de guerra que la custodie y encamine en la vida comercial é internacional.

Cuando contemos con esa fuerza, habrá en nuestro país vida independiente, y no sentiremos con tanta intensidad el reflejo que nos llega del adelanto que camina con energía en la gran nación que tiene su asiento en la margen derecha del Río de la Plata.

Federico García Martínez,

Teniente 1.º de Marina.

(Continuación).

NOTAS DE REDACCIÓN

NUEVAS PRESENTACIONES

F. Valdez Douglas. Es un escritor primoroso y elegante que engarza ideas brillantes y originales en un estilo lleno de color y armonía.

E. Santiago Argüello H. Es el primero ó uno de los primeros poetas de Nicaragua. La «Musa Rural» se distingue por una originalidad y una inspiración completamente nuevas. Hay vigor y fluidez en todas las estrofas del poeta centroamericano.

Alejandro Lamas. Distinguido compatriota, nos honra nuevamente con una composición verdaderamente hermosa, desarrollada en un estilo fluido y sereno, sin tropiezos ni afectación de ningún género.

Enrique Rivera. Es un poeta de exquisita sensibilidad y de sentimiento mussetniano, que cincela gotas de llanto, inspirándose á la sombra del sauce de los recuerdos. Favorablemente conocido en nuestro mundo intelectual, se presenta en las páginas de LA REVISTA con una poesía realmente hermosa.

Carlos Ledgard. Es uno de los primeros cultores de las letras en la República del Perú. «La historia de Regal», constituye una página brillante y animada que mucho gustará á los inteligentes lectores. Pocos, muy pocos trabajos han salido en nuestra publicación que reúnan el mérito del que suscribe el valiente cuentista peruano. Su estilo es el de un verdadero artista de la palabra y se destaca por el colorido y la eufonía que lo animan.

Manuel A. San Juan. Es director de uno de los primeros periódicos de América, que se titula «La Revista Ilustrada de Lima». Sus vastos conocimientos y su figuración literaria de primer orden hanle asignado uno de los primeros puestos en la literatura de su

país. «Dysis» es verdaderamente rara y nos parece difícil que agrade al público grueso de nuestra literatura. Su terminología arcaica la hace oscura y poco aceptable para los que fustigan al modernismo. Nosotros le damos cabida con verdadero gusto conforme al libérrimo programa que nos sirve de guía. ¡Juzguen los lectores de su mérito artístico!

Orosmán C. Moratorio. Es un joven compatriota á quien no se puede negar datos intelectuales y verdadera vocación de poeta. Nosotros que como artistas veneramos la memoria de su padre, abrigamos fundadas esperanzas de que recoja la hermosa herencia, y haga con ella su lábaro de escritor.

Sara Julieta Arlas. Es favorablemente conocida de nuestro público inteligente por la exquisita delicadeza de su espíritu artístico, que sabe expresar hermosamente las nostalgias del corazón y las melancolías soñadoras de la juventud.

Oriol Solé y Rodríguez. Es compatriota nuestro y hermano en ideales. Alma de artista, reúne un vigor de erudición envidiable y comparte provechosamente su tiempo entre las ingratas tareas de la medicina y las dulces adoraciones del Arte. Su figuración literaria en cuanto revista existe en el continente americano le ha valido aplausos y parabienes, reconociéndosele en todos los teatros de la literatura, como á un gallardo paladín intelectual.

Pedro Pérez. Es subteniente del Ejército Nacional. «Visión», que así se titula el trabajo que honra las páginas de nuestra Revista, acusa talento en el autor y brillantes disposiciones para el cultivo de las letras. Nos complacemos en saludarlo con el clásico «adelante».

Como siempre la Sección Científica y Militar, es interesante y figuran en ella el teniente 1.º Jaime F. Bravo, ya conocido por publicaciones anteriores que le han valido aplausos del público intelectual de nuestro Ejército; y Federico García Martínez, teniente 1.º de la Marina Nacional, que es á no dudarlo uno de los jóvenes más preparados é inteligentes de la armada. «Nuestra Marina» que así se titula el trabajo de García Martínez merece nuestra especial recomendación. Lo mismo decimos de la producción de Bravo, titulada «Biblioteca Nacional», que es á no dudarlo un valioso trabajo que ha de gustar mucho á nuestros lectores.